

EL BARRIO MÁS ANTIGUO DE CORTELAZOR LA REAL: LA MESA

Maribel Rivas Fernández

Mario Rodríguez García

La Mesa es el barrio más antiguo de Cortelazor. Está situado en la parte más alta del pueblo y desde allí se divisa en el horizonte la Sierra de Hinojales al fondo; en un plano más cercano el valle de las Uervas y las sierras de la Coronada y del Cuchillar entre otras; con el valle al fondo, sobresalen la torre de la Iglesia del pueblo y su campanario, de entre los tejados y las sinuosas calles.

Forman parte de este barrio, los riscos de la fuente, las calles de la Adelfa, Fuente, Olivo, Puerto, Cuesta, Cabezo, la calleja de la Tía Sabina, La Laera y el Resolano.

La existencia de agua fue lo que motivó que el primer asentamiento de Cortelazor se ubicara en este lugar. La fuente que daría nombre a una calle, era el lugar a donde iban los vecinos del pueblo a por agua para beber, cocinar, limpiar, etc. Un poco más abajo del manantial hay una poza empedrada que se utilizaba como lavadero. Hacia ella se va por una vereda entre sendas paredes de piedra. En 1826 se le puso la lápida a la fuente con la cabeza de león. Los padres mandaban todos los sábados a los chiquillos a limpiarla.

Las casas tienen el tejado de teja vana apoyado sobre un entramado de cabios y maderos. Sus paredes están construidas de piedra y adobe. Al lado de cada casa, un pequeño cercado delimitado también por paredes de piedra, se utilizaba para el ganado. Estas construcciones pueden observarse actualmente, aunque algunas de ellas se encuentran en ruinas, reflejo del abandono del que esta zona es objeto en nuestros días.

Gracias a lo que cuentan las personas mayores que han vivido en la Mesa, sabemos que a principios de este siglo era el barrio más alegre y

bullicioso del pueblo. Contaba con unos ciento sesenta habitantes (937 habitantes era el censo de Cortelazor en 1895 según Geografía Estadística de la provincia de Huelva de Emilio José Rodríguez)

Algunas familias tenían campos y ganados y se iban a vivir a los montes por temporadas. Los que trabajaban para otros volvían cada quince días los domingos a mediodía y se marchaban los lunes a primera hora de la mañana. El trabajo consistía en las tareas del campo: talar los árboles, levantar paredes, sacar corcho, etc. y el cuidado del ganado, fundamentalmente de los guarros, aunque también había cabras, ovejas, gallinas y burros para ayudar en los trabajos.

Por este motivo la Mesa era el barrio de las mujeres, de los niños y de los ancianos. Las mujeres compaginaban las tareas de la casa con la alimentación del ganado propio, la recogida y el cuidado de los frutos de la huerta, del embotellado de tomates... Formaban cuadrillas para apanar castañas o aceitunas. En épocas de matanza se dedicaban de lleno a ellas. Cuando las madres trabajaban muchas horas fuera de la casa, las tareas domésticas y el cuidado de los hermanos más pequeños recaían en la hermana mayor.

No había alcantarillado y sus necesidades las hacían en las cuadras, en los corrales o en los callejones.

Al no haber luz eléctrica, se utilizaba en las casas un candil con aceite. A su luz, las mujeres bordaban o hacían ganchillo. Si había que salir a la calle se iluminaba el camino con él, a veces metiéndolo en una cesta para que no se apagara.

La ropa de la que disponían los habitantes de la Mesa era «la puesta y la quitá» (casi toda hecha a mano), por lo que a veces había que lavar por la noche la ropa a poner al día siguiente y se quedaba uno en casa hasta que se secara.

Recuerdan a las señoras utilizando muchas faldas y muy largas. Cuando se estaba de luto se ponían pañuelos negros en la cabeza.

Había familias que solo podían comprar alpargatas a los hermanos mayores cuando se iban a trabajar y los pequeños andaban descalzos, pero

cuando se rompían las alpargatas las recortaban y las arreglaban para los hermanos chicos, utilizando como leznas las varillas de los paraguas y así poder unir con una cuerda la lona a la goma.

Las comidas se servían en un lebrillo grande y allí comía toda la familia (al igual que hoy todavía se hace en las matanzas), pero a los niños pequeños se les apartaba antes en sus platos. Dicen que estaban deseando ser mayores para comer con todos «cucharón y paso atrás». Los almuerzos consistían en guisos, pucheros de faisanes, bollos de papas, refritos de hierbas del campo, tostadas con café y leche, siendo excepcional un chorizo o una morcilla, pues los cerdos, los gallos y los huevos tenían que venderlos. Un dicho de la época decía que para comerse un huevo tenía que estar malo uno o malo el huevo.

Las cocinas eran de leña. Se usaba también la carbonilla y la cascarilla; pero no el carbón, ya que éste también se vendía. Los enseres de la cocina consistían en cucharros, pucheros de barro, cuencos de madera, y latas con asa y asientos de corcho.

Las planchas eran de carbón.

Los niños iban al colegio que había encima de la casa del maestro D. Teodoro (hoy en día Farmacia) y la maestra de las niñas era D^a Marina que impartía clases en el paseo. Cuentan que cuando D^a Marina se casó y se marchó, todos los niños fueron andando a Los Marines a despedirla y a la vuelta se pararon a comer cerezas que aún estaban verdes y se empacharon. El médico les mandó tomar mucha leche y desde entonces alguno que otro la aborreció.

En el Resolano, por la tarde se sentaban las mujeres a coser y a remendar, charlando y cantando canciones, animándose todo el barrio. También aumentaba la alegría con el bullicio de los niños que subían a jugar a los riscos de la fuente. Los juegos eran el escondite, la rueda, el trompo, la marrana (a la que se jugaba con un palo y un trozo de corcha), andar con zancos, las bolas; con latas de sardinas se hacían cochecitos. Las niñas se hacían las muñecas con piedras y trapos, o se las fabricaban sus padres de corcho y con tres varas de adelfas las ponían de pie. También jugaban a la comba, a las chinas, al mizo, al pescar, etc. También en el resolano la madre de Marcela tenía una perra parida que amamantó una guarrina y la crió.

Los niños de los otros barrios llamaban meseros a los niños de la Mesa.

Los personajes más carismáticos del barrio se dedicaban a distintos oficios o trabajos de artesanía. Entre ellos se podría destacar a:

VISITACIÓN. Tenía un telar en la calle Olivo y tejía por encargo tanto prendas nuevas como mantas y alforjas elaboradas con tiras de las telas de la ropa que ya no servía.

FRANCISCO CANEPA. Era zapatero. Hacía zapatos a medida y arreglaba los que estaban estropeados. Tenía el taller en la calle Cuesta.

MANUEL. Este señor era latero y vivía en la esquina de la calle Olivo con la calle Cuesta. No era de Cortelazor y se marchó de aquí a los pocos años de haber venido.

TENDERA. Al final de la calle Fuente había una señora que vendía (entre otras cosas) café y caramelos. Era de las que usaban muchas y muy largas faldas. A algunos niños les daba tanto miedo, que cuando tenían que ir a comprar le daban el dinero y salían corriendo.

PLÁCIDO. Era carbonero.

Había también en el barrio varios músicos como el tío MAXIMIANO que tocaba la guitarra, JUAN, el tío de Arsenio, que tocaba la bandurria, o RAFAEL PANETE que tocaba el laúd.

En el año 1926 la corporación municipal decidió canalizar las aguas de la fuente hasta la plaza (llamada popularmente el Paseo) y ese mismo año colocó en el pilar de las bestias el mármol con la cabeza de león que adornaba desde hacía un siglo la fuente de la Mesa. Esta decisión marcó definitivamente el futuro del barrio. Las obras que, para beneficio público, se llevaron a cabo durante la dictadura de Primo de Ribera modificaron esta zona que perdió su carácter. Las aguas se acercaron al núcleo poblacional donde mayor aglomeración de gente existía.

La concentración de servicios en la parte llana del pueblo: colegios, consultorio, tiendas, iglesia, bares, tiendas, correos y, sobre todo, el agua,

obligaba a continuas bajadas y subidas a los moradores, convirtiéndose en un barrio incómodo en el que poco a poco fue mermando la población ya que parte de la misma se iba a vivir a las zonas bajas del pueblo.

Recuerdan que durante la Guerra Civil desaparecieron algunos de sus vecinos.

Otro motivo de despoblación ocurrió durante los años de la hambruna. La posguerra, con sus penurias económicas acarreo una fuerte emigración rural hacia ciudades y centros industriales donde el trabajo fuera más accesible. Recuerdan muchos vecinos, recoger en un atillo, las cuatro cosas que tenían y emprender un viaje a pie camino de las minas en busca de trabajo.

Muchos no volvieron y sus casas se fueron cayendo poco a poco. Cuando se medio desplomaba una casa los chiquillos entraban y jugaban con lo poco que allí quedara: un arca vieja, jarrillos de los que hacía el latero con las latas vacías de leche condensada, algún mueble, etc. Los padres los asustaban diciéndoles que allí había fantasmas y así conseguían que no se metieran en las ruinas porque era peligroso, pero eso mismo hacía que aquellos lugares adquirieran el halo mágico que la fantasía otorga a lo prohibido.

En 1936 llegó la luz eléctrica y se ponía por multadas: una bombilla para la cocina y otra para el resto de la casa, pero iluminando poquísimo. La baja potencia del servicio ocasionaba el bajón de una de las bombillas cuando se encendía la otra. Por eso solo una de las dos podía estar encendida.

El contrabando aumentó también en los años del hambre. Se iban a Portugal y volvían andando con la mochila cargada de café, tabaco o azúcar. Procuraban esconderse para no ser descubiertos. Además de duro, era peligroso ya que, en caso de ser cogidos por la Guardia Civil, terminaban en la cárcel, apaleados, o las dos cosas.

En la actualidad, el barrio de la Mesa es el barrio con menor densidad de población de Cortelazor, llegando a contar hace pocos años con apenas quince habitantes. En los últimos tiempos se han remozado varias viviendas y se han construido otras de nueva planta, lo que ha hecho que se

revitalice su población hasta alcanzar 27 personas. A la costumbre de los vecinos de Cortelazor de volver al pueblo tanto como puedan, aprovechando fines de semana, fiestas y períodos vacacionales, se une el auge que está tomando el turismo rural en la Sierra, con lo que en esos períodos la Mesa llega a triplicar el número de sus pobladores.

En el año 1993 se llevaron a cabo obras de saneamiento, aunque las casas mas cercanas a la antigua fuente siguen sin alcantarillado por encontrarse a un nivel más bajo que la red de alcantarillas. Poco después, en 1995, se amplió el alumbrado público.

Anteriormente se habían ensanchado el Resolano y se habían hormigonado varias calles. También se había realizado el ensanche de la Laera. En el momento actual casi todas las calles del barrio de la Mesa están pendientes de ser empedradas para mantener así la belleza característica de los pueblos serranos.

El emplazamiento privilegiado de la Mesa, por sus vistas desde la altura ha atraído a una nueva población más movida por lo apacible de la vida rural que por las comodidades de cercanía o lejanía de servicios que se encuentran en la parte baja del pueblo. Así, lo que en su momento motivó la despoblación del barrio, es hoy atractivo principal para su repoblación.

El deseo de que este trabajo de recopilación se imprima como comunicación en el presente libro, es para que se mantenga viva la historia de este lugar.

FUENTE DE DATOS

1. Encuestas realizadas a distintas personas que han vivido en este barrio. Recordar y agradecer a Esperanza, Magdalena, Otilia, Marcelina y Arsenio por responder a las encuestas con tanta amabilidad, convirtiéndose a veces, y alrededor de la mesa camilla de sus casas, en una tertulia en la que toda la familia y vecinos contaban sus recuerdos de la Mesa.

2. Archivo del Ayuntamiento de Cortelazor.

3. «Geografía Estadística de la Provincia de Huelva», de Emilio José Rodríguez.



El barrio más antiguo de Cortelazor: La Mesa.



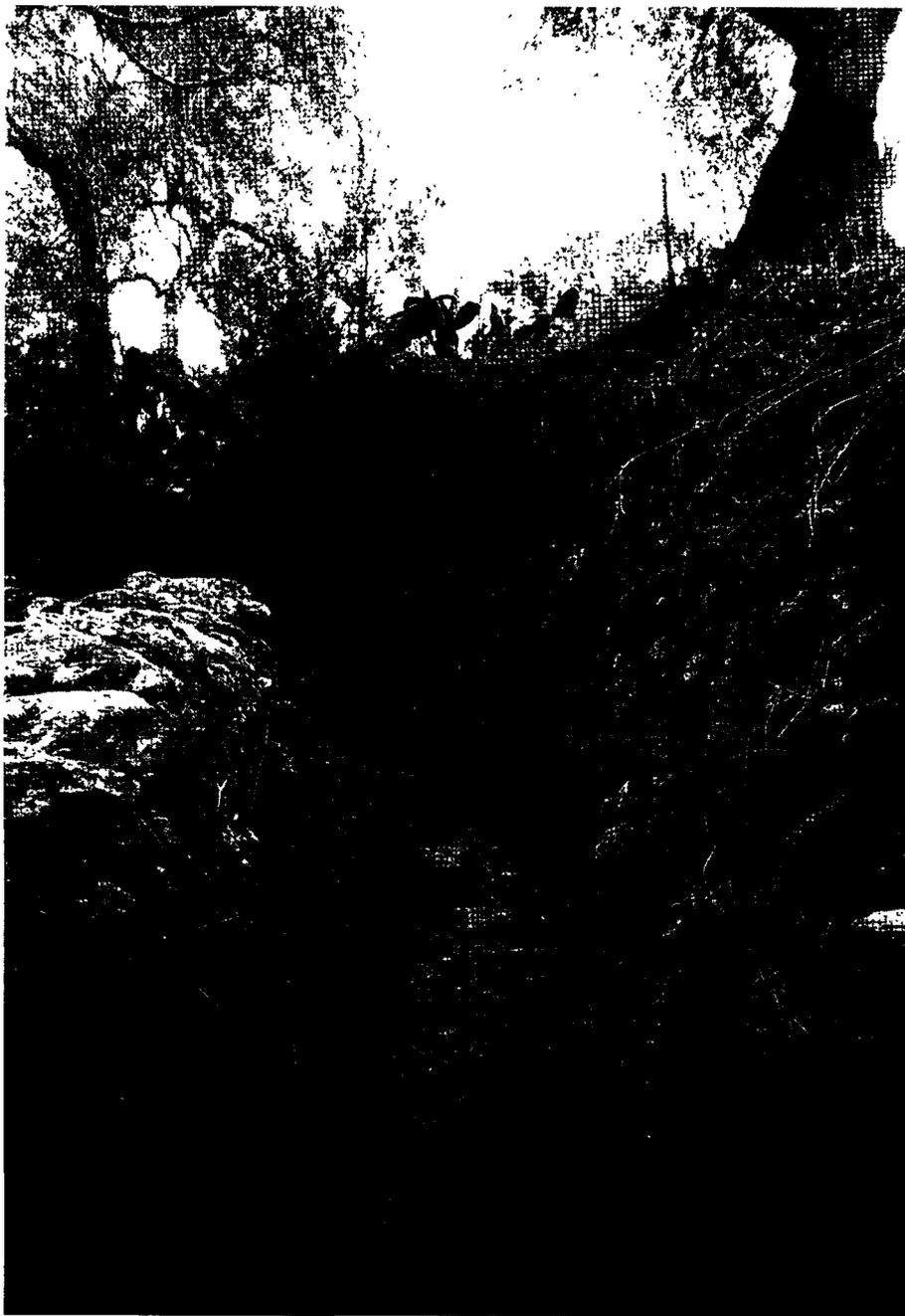
Calle Adelfa.



Calleja de la Tía Sabina.



Calle Fuente.



Calleja de la Fuente.